El malentendido

Camus



EL MALENTENDIDO es una de las más celebres piezas teatrales de Albert Camus (1913-1960), cuyo talento literario y sensibilidad se centraron siempre en la complejidad, la ambigüedad y la riqueza de la condición humana. Sus obras dramáticas se revelan como un medio especialmente eficaz para desplegar conflictos ideológicos y éticos a través de personajes veraces y situaciones límite. En esta obra, escrita durante la ocupación alemana en Francia, un destino no sólo ciego, sino también voluntariamente cruel, convierte en criminales a seres inocentes.



Albert Camus

El malentendido

Obra en tres actos

ePub r1.0
Titivillus 22.03.17

A mis amigos
del «Théâtre de l'Équipe»

Título original: *Le Malentendu*
Albert Camus, 1944
Traducción: Javier Albiñana Serain

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El malentendido *se representó por primera vez en junio de 1944 en el Théâtre des Maturins, dirigido por Marcel Herrand*.

Personajes

MARTA
MARÍA
LA MADRE
JAN
EL CRIADO ANCIANO

Acto I

Mediodía. Cuarto de estar de la posada. Es una estancia clara y limpia. Todo está muy ordenado.

Escena primera

La madre

Volverá.

Marta

¿Se lo ha dicho?

La madre

Sí. Cuando tú te has ido.

Marta

¿Volverá solo?

La madre

No lo sé.

Marta

¿Es rico?

La madre

No le ha importado el precio.

MARTA

Mejor que sea rico. Pero es necesario que esté solo.

LA MADRE (*Con hastío.*)

Solo y rico, ya. Y entonces vuelta a lo mismo.

MARTA

Pues sí, vuelta a lo mismo. Pero merece la pena el esfuerzo. (*Un silencio*. MARTA *mira a su madre.*) Madre, está usted rara. De un tiempo a esta parte, no la reconozco.

LA MADRE

Estoy cansada, hija mía, eso es todo. Me gustaría descansar.

MARTA

Si es por eso, puedo ocuparme yo de todas las faenas de la casa. Así dispondrá usted de todo el día para descansar.

LA MADRE

No me refiero exactamente a esa clase de descanso. Qué va, son sueños de anciana. Sólo aspiro a tener paz, un poco de sosiego. (*Esboza una débil sonrisa.*) Resulta tonto decirlo, Marta, pero hay noches en que casi me tira un poco la religión.

MARTA

No es usted tan vieja como para llegar a ese extremo, madre. Le quedan cosas mejores que hacer.

LA MADRE

Si ya sabes que bromeo. Pero, en fin, cuando se llega al final de la vida, bien puede una tomarse un respiro. No puedes pasarte la vida siendo tan rígida, tan dura, Marta. Ni tampoco es propio de tus años. Conozco a muchas chicas de tu edad que sólo piensan en hacer locuras.

MARTA

Nada son las locuras de esas chicas comparadas con las nuestras, bien lo sabe usted.

LA MADRE

Dejemos eso.

MARTA (*Lentamente.*)

De pronto parece que haya palabras que le quemen en la boca.

LA MADRE

¿Y qué más te da a ti eso, si no retrocedo ante los actos? ¡Pero es igual! Sólo quería decirte que a veces me gustaría verte sonreír.

MARTA

Alguna vez sonrío, se lo juro.

LA MADRE

Yo no te he visto nunca.

MARTA

Es que sonrío en la habitación, cuando estoy sola.

LA MADRE (*Mirándola con atención.*)

¡Qué rostro tan duro el tuyo, Marta!

MARTA (*Acercándose y con calma.*)

¿O sea que no le gusta mi cara?

LA MADRE (*Sin dejar de mirarla, tras un silencio.*)

Creo que sí, a pesar de todo.

MARTA (*Agitada.*)

¡Ah, madre! Cuando hayamos juntado mucho dinero y podamos abandonar esta tierra sin horizontes, cuando dejemos atrás esta posada y

esta ciudad lluviosa, y cuando hayamos olvidado este país lóbrego, el día en que por fin estemos frente al mar, con el que tanto he soñado, ese día me verá usted sonreír. Pero hace falta mucho dinero para vivir libre ante el mar. Por eso no deben darnos miedo las palabras. Por eso hemos de ocuparnos de ese hombre que tiene que venir. Si es lo bastante rico, tal vez mi libertad empiece con él. ¿Ha hablado mucho rato con usted, madre?

LA MADRE

En total, apenas dos frases.

MARTA

¿Qué cara ponía cuando le ha pedido la habitación?

LA MADRE

No lo sé. Veo mal y no lo he mirado con atención. Sé, por experiencia, que es mejor no mirarlos. Es más fácil matar a quien no se conoce. (*Pausa.*) Alégrate, ya no me dan miedo las palabras.

MARTA

Mejor así. No me gusta hablar con segundas. El crimen es el crimen, hay que saber lo que se quiere. Y me da la impresión de que usted sabía eso, hace un rato, puesto que le ha venido a la cabeza, al contestarle al viajero.

LA MADRE

No me ha venido a la cabeza. He contestado por costumbre.

MARTA

¿Por costumbre? ¡De sobra sabe usted que apenas hemos tenido ocasiones!

LA MADRE

Ya. Pero la costumbre empieza a partir del segundo crimen. Con el primero, no empieza nada, acaba algo. Además, aunque se hayan

presentado pocas ocasiones, han pasado ya muchos años, y la costumbre se ha fortalecido con el recuerdo. Sí, ha sido la costumbre la que me ha movido a contestar, la que me ha advertido que no mire a ese hombre y la que me ha confirmado que tenía cara de víctima.

MARTA

Madre, tendremos que matarlo.

LA MADRE (*Más quedo.*)

Sí, claro, tendremos que matarlo.

MARTA

Lo dice usted de una manera muy rara.

LA MADRE

Pues porque estoy cansada, y porque al menos me gustaría que fuera el último. Matar es tremendamente fatigoso. Lo mismo me da morir frente al mar que en medio de nuestras llanuras, pero lo que sí quiero es que después nos marchemos.

MARTA

¡Nos marcharemos, y será un momento maravilloso! Anímese, madre, que hay poco que hacer. Ya sabe que ni siquiera tendremos que matarle. Se tomará su té, se dormirá y, vivo todavía, lo llevaremos al río. Dentro de mucho tiempo lo encontrarán pegado a una presa, junto con otros que no habrán tenido la misma suerte y se habrán arrojado al agua con los ojos abiertos. El día en que vimos cómo limpiaban la presa usted misma me dijo, madre, que los nuestros son los que menos sufren; la vida es más cruel que nosotras. Anímese, que por fin podrá descansar y huiremos de aquí.

LA MADRE

Sí, me animaré. La verdad es que a veces me alegra pensar que los nuestros nunca han sufrido. Es apenas un crimen, sólo una intervención, un ligero empujón con el dedo que les damos a vidas desconocidas. Y

es verdad que aparentemente la vida es más cruel que nosotros. Puede que por eso me cueste sentirme culpable.

(*Entra* EL CRIADO ANCIANO *y se sienta detrás del mostrador, sin decir una palabra. No se moverá hasta el final de la escena.*)

MARTA

¿Qué habitación le damos?

LA MADRE

Cualquiera, con tal de que sea en la primera planta.

MARTA

Sí, la última vez nos costó demasiado bajarlo por las escaleras desde el segundo piso. (*Se sienta por primera vez.*) ¿Es cierto, madre, que allá la arena de las playas te hace quemaduras en los pies?

LA MADRE

Ya sabes que no he estado nunca allí. Pero me han dicho que el sol lo devora todo.

MARTA

He leído en un libro que se come hasta las almas y que los cuerpos quedan resplandecientes, pero vacíos por dentro.

LA MADRE

¿Es eso lo que tanto te ilusiona, Marta?

MARTA

Sí, estoy harta de cargar con mi alma; tengo ganas de encontrar ese país donde el sol mata las preguntas. Mi morada no es ésta.

LA MADRE

Desgraciadamente, antes tenemos mucho que hacer. Si todo va bien, iré contigo, claro. Pero yo no tendré la sensación de dirigirme a mi morada.

Al llegar a cierta edad, no existe morada donde sea posible descansar, y ya es mucho haber podido levantar esta mísera casa de ladrillo, repleta de recuerdos, donde a veces logras dormirte. Pero, por supuesto, tampoco estaría mal poder alcanzar a la vez el sueño y el olvido. (*Se levanta y se encamina hacia la puerta.*) Prepáralo todo, Marta. (*Pausa.*) Si es que de verdad merece la pena.

(MARTA *la mira salir. Acto seguido sale ella por otra puerta*.)

Escena 2.ª

EL CRIADO ANCIANO *se acerca a la ventana, divisa a* JAN *y a* MARÍA, *y se oculta*. EL ANCIANO *permanece solo en escena durante unos segundos. Entra* JAN. *Se detiene, echa una mirada en la habitación, ve al anciano detrás de la ventana*.

JAN

¿No hay nadie?

(EL ANCIANO *le mira, cruza el escenario y sale*.)

Escena 3.ª

Entra MARÍA. JAN *se vuelve bruscamente hacia ella*.

JAN

Me has seguido.

MARÍA

Perdóname, ya sé que no debía seguirte. Me marcharé enseguida. Pero déjame ver el lugar donde te dejo.

JAN

Pueden venir, y entonces no podré hacer lo que tengo pensado.

MARÍA

Démonos al menos la oportunidad de que venga alguien y de que yo revele quién eres, aunque sea contra tu voluntad.

(JAN *se vuelve. Pausa*.)

MARÍA (*Mirando a su alrededor.*)

¿Es aquí?

JAN

Sí, es aquí. Por esta puerta salí, hace veinte años. Mi hermana era una niña. Estaba jugando en ese rincón. Mi madre no vino a darme un beso. Entonces creía que me daba lo mismo.

MARÍA

Jan, me resisto a creer que no te reconocieran hace un rato. Una madre siempre reconoce a un hijo.

JAN

Hace veinte años que no me ve. Yo era un adolescente, casi un chiquillo. Mi madre ha envejecido, ya no ve bien. A mí mismo me ha costado reconocerla.

MARÍA (*Con impaciencia.*)

Lo sé, has entrado, has dicho: «Hola» y te has sentado sin reconocer nada.

JAN

Me fallaba la memoria. Me han recibido sin abrir la boca. Me han servido la cerveza que he pedido. Me miraban sin verme. Ha sido todo más difícil de lo que me imaginaba.

MARÍA

Bien sabes que no era difícil y que bastaba hablar. En un caso así se dice: «Soy yo», y todo vuelve al orden.

JAN

Ya, pero yo había dejado volar mi fantasía. Me esperaba casi el festín del hijo pródigo y todo se ha reducido a una cerveza a cambio de mi dinero. Estaba emocionado, no he podido hablar.

MARÍA

Hubiera bastado una palabra.

JAN

No me ha salido. Pero, en fin, tampoco hay tanta prisa. He venido aquí a traerles mi fortuna y, si puedo, la felicidad. Cuando me enteré de la muerte de mi padre, comprendí la responsabilidad que tenía contraída con las dos, y estoy aquí para cumplir con mi deber. Pero supongo que regresar al hogar no es tan fácil como se cree, y que lleva su tiempo convertir a un extraño en un hijo.

MARÍA

Pero ¿por qué no anunciaste tu llegada? Hay casos en los que no queda más remedio que actuar como todo el mundo. Cuando uno quiere que le reconozcan, se da a conocer; la cosa cae de su propio peso. Aparentando ser quien no se es, lo único que puede conseguirse es armar un embrollo. ¿Cómo no van a tratarte como a un extraño en una casa donde te presentas como un extraño? No, no, todo esto no lleva a nada bueno.

JAN

Vamos, María, tampoco es tan grave. Además, el que haya sido así favorece mis planes. Aprovecharé la ocasión para verlas un poco desde fuera. Así podré valorar mejor cómo hacerlas felices. Luego ya veré el modo de darme a conocer. En definitiva, se trata de encontrar las palabras adecuadas.

MARÍA

Modo sólo hay uno: hacer lo que haría cualquiera en tu caso, decir: «Aquí estoy», y dejar que hable tu corazón.

JAN

El corazón no es tan sencillo.

MARÍA

Pero sólo utiliza palabras sencillas. Y no costaba tanto decir: «Soy tu hijo, ésta es mi mujer. He vivido con ella en un país que nos gustaba, frente al mar y el sol. Pero no era lo bastante feliz y ahora os necesito».

JAN

No seas injusta, María. No las necesito, pero he comprendido que ellas sí me necesitaban y que un hombre nunca está solo.

(*Pausa*. MARÍA *se vuelve.*)

MARÍA

Perdóname, puede que tengas razón. Pero desconfío de todo desde que he llegado a este país, donde busco inútilmente una cara feliz. Esta Europa es tan triste… Desde que hemos llegado, no he vuelto a oírte reír, y yo me estoy volviendo recelosa. ¡Ah!, ¿por qué me has obligado a abandonar mi país? Vámonos, Jan, aquí no encontraremos la felicidad.

JAN

No hemos venido a buscar la felicidad. La felicidad ya la tenemos.

MARÍA (*Con vehemencia.*)

¿Por qué no ha de bastarnos?

JAN

La felicidad no lo es todo y los hombres tienen deberes. El mío es recobrar a mi madre, una patria…

(María *hace un gesto*. Jan *la interrumpe. Se oyen pasos. Pasa* El anciano *ante la ventana*.)

Jan
Viene alguien. Vete, María, por favor.

María
Así no, no es posible.

Jan (*Mientras se acercan los pasos*.)
Métete ahí.

(La empuja detrás de la puerta del fondo.)

Escena 4.ª

Se abre la puerta del fondo. El anciano *atraviesa la habitación sin ver a* María *y sale por la puerta de fuera*.

Jan
Y ahora, vete rápido. Ya ves que la suerte está conmigo.

María
Quiero quedarme. Estaré callada y esperaré junto a ti a que te reconozcan.

Jan
No, me traicionarías.

(Ella se vuelve, regresa hacia él y le mira a los ojos.)

María
Jan, hace cinco años que estamos casados.

JAN

Pronto los hará.

MARÍA (*Bajando la cabeza.*)

Va a ser la primera noche en que estaremos separados. (JAN *calla, ella lo mira de nuevo*.) Siempre me ha gustado todo en ti, incluso lo que no entendía, y sé que, en el fondo, quiero que seas como eres. Pocas veces te he llevado la contraria. Pero ahora me da miedo esa cama solitaria a la que me mandas, y me da miedo también que me abandones.

JAN

No debes dudar de mi amor.

MARÍA

No, si no dudo. Pero una cosa es tu amor y otra tus sueños, o tus deberes, que viene a ser lo mismo. Te escapas de mí tantas veces… Y entonces es como si descansaras de mí. En cambio, yo no puedo descansar de ti, y esta noche (*Se arroja en sus brazos llorando.*), esta noche no podré soportarla.

JAN (*Estrechándola contra su pecho.*)

No seas infantil.

MARÍA

Sí, ya sé que soy infantil. Pero éramos tan felices allá… y yo no tengo la culpa de que me den miedo las noches de este país. No quiero que me dejes sola.

JAN

Será por poco tiempo. Compréndelo, María, tengo que cumplir mi palabra.

MARÍA

¿Qué palabra?

JAN

La que me di a mí mismo el día en que comprendí que mi madre me necesitaba.

MARÍA

Tienes otra palabra que cumplir.

JAN

¿Cuál?

MARÍA

La que me diste el día en que me prometiste que vivirías conmigo.

JAN

Creo que podré conciliarlo todo. Lo que te pido es poca cosa. No es un capricho. Una tarde y una noche en las que trataré de orientarme, de conocer mejor a las que amo y de aprender a hacerlas felices.

MARÍA (*Sacudiendo la cabeza.*)

La separación siempre es algo para quienes se quieren de verdad.

JAN

Tontuela, de sobra sabes que te quiero de verdad.

MARÍA

No, los hombres nunca saben cómo hay que querer. Nada les satisface. Lo único que quieren es soñar, imaginar nuevos deberes, buscar nuevos países y nuevos hogares. Mientras que nosotras sabemos que lo principal es quererse, compartir el mismo lecho, cogerse de la mano, temer la ausencia. Cuando se quiere a otra persona, no se sueña con nada.

JAN

Pero ¿a qué viene todo eso? Lo único que pretendo es recobrar a mi madre, ayudarla y hacerla feliz. En cuanto a mis sueños o mis deberes,

tienes que tomarlos como son. Sin ellos yo no sería nada y tú me querrías menos si no los tuviera.

MARÍA (*Volviéndole bruscamente la espalda.*)

Sé que tienes siempre buenas razones y que puedes convencerme. Pero ya no te escucho, me tapo los oídos cuando adoptas esa voz que me conozco tan bien. Es la voz de tu soledad, no la del amor.

JAN (*Poniéndose detrás de ella.*)

Dejémoslo ya, María. Quiero que me dejes solo aquí para que pueda ver las cosas más claras. Tampoco es tan tremendo ni nada del otro mundo dormir bajo el mismo techo que la madre de uno. El resto lo hará Dios. Pero Dios sabe también que no por eso te olvido. Sólo que no se puede ser feliz viviendo en el exilio o en el olvido. No se puede ser siempre un extraño. Quiero volver a mi país, hacer felices a todos a quienes amo. Y nada más.

MARÍA

Pero podrías hacer todo eso de un modo más sencillo. Tu sistema no es el bueno.

JAN

Sí que lo es, porque, gracias a él, sabré si tengo o no razón alimentando esos sueños.

MARÍA

Ojalá la tengas. Yo, desde luego, no tengo más sueño que ese país donde éramos felices, ni más deber que tú.

JAN (*Estrechándola.*)

Déjame hacerlo a mi modo. Acabaré encontrando las palabras que lo solucionarán todo.

MARÍA (*Abandonándose.*)

Está bien, sigue soñando. Qué más da, si conservo tu amor. No puedo ser infeliz cuando te siento contra mi piel. Aguardo con paciencia a que te canses de tus fantasías: entonces empiezo a contar yo. Si ahora soy infeliz es porque, sin dudar de tu amor, sé que me vas a echar de tu lado. Por eso resulta tan desgarrador el amor de los hombres. No pueden evitar separarse de lo que aman.

JAN (*Le coge la cara y sonríe.*)

Es cierto, María. Pero, vamos a ver, mírame, ¿ves algo amenazador en esto? Hago lo que quiero y estoy en paz conmigo mismo. Me confías por una noche a mi madre y a mi hermana, no es tan peligroso.

MARÍA (*Desasiéndose.*)

Entonces, adiós, y que mi amor te proteja. (*Camina hacia la puerta, se detiene en el umbral y le muestra las manos vacías.*) Pero, ¿ves?, me quedo sin nada. Tú te vas a descubrir Dios sabe qué y yo me quedo esperando.

(Duda un instante. Luego sale.)

Escena 5.ª

JAN *se sienta. Entra* EL CRIADO ANCIANO. *Éste mantiene abierta la puerta para dejar pasar a* MARTA *y luego sale.*

JAN

Hola. Vengo para lo de la habitación.

MARTA

Sí. Están preparándola. Tengo que anotarle en nuestro libro de registro.

(Va a buscar el libro de registro y vuelve.)

JAN

Tienen ustedes un criado extraño.

MARTA

Es la primera vez que alguien se queja de él. Siempre cumple escrupulosamente con su trabajo.

JAN

No, si no es una queja. No se parece al resto de la gente, eso es todo. ¿Es mudo?

MARTA

No es eso.

JAN

¿Entonces, habla?

MARTA

Lo menos posible, y sólo para lo fundamental.

JAN

En cualquier caso, no parece oír lo que se le dice.

MARTA

No puede decirse que no oiga. Lo que pasa es que oye mal. Tendré que pedirle que me diga su nombre y apellido.

JAN

Hasek, Karl.

MARTA

¿Karl, a secas?

JAN

A secas.

MARTA
¿Fecha y lugar de nacimiento?

JAN
Tengo treinta y ocho años.

MARTA
¿Dónde nació?

JAN (*Dudando.*)
En Bohemia.

MARTA
¿Profesión?

JAN
Sin profesión.

MARTA
Muy rico o muy pobre hay que ser para vivir sin tener un oficio.

JAN (*Sonriendo.*)
Muy pobre no soy, y, por muchos motivos, me alegro de que así sea.

MARTA (*Con otro tono de voz.*)
Es usted checo, naturalmente.

JAN
Naturalmente.

MARTA
¿Domicilio habitual?

JAN
Bohemia.

MARTA

¿Viene de allí?

JAN

No, vengo de África. (MARTA *no parece comprender*.) Al otro lado del mar.

MARTA

Lo sé. (*Pausa*.) ¿Va allí a menudo?

JAN

Bastante a menudo.

MARTA (*Permanece pensativa un instante. Luego prosigue.*)

¿Adónde se dirige?

JAN

No lo sé. Eso dependerá de muchas cosas.

MARTA

¿Piensa instalarse aquí?

JAN

No lo sé. Según lo que encuentre.

MARTA

Es igual. Pero ¿no le espera nadie?

JAN

No, nadie, en principio.

MARTA

Supongo que tendrá algún documento para identificarse.

JAN

Sí, puedo enseñárselo.

MARTA

Da lo mismo. Sólo tengo que anotar si es un pasaporte o un carnet de identidad.

JAN (*Dudando.*)

Un pasaporte. Aquí lo tiene. ¿Quiere verlo?

(MARTA *lo ha cogido y se dispone a leerlo, pero aparece* EL CRIADO ANCIANO *en el dintel de la puerta*.)

MARTA

No, no te he llamado. (*Sale* EL CRIADO. MARTA *devuelve a* JAN *el pasaporte, sin leerlo, como distraída.*) Cuando va usted allá, ¿vive cerca del mar?

JAN

Sí.

(MARTA *se levanta, se dispone a guardar el libro de registro, pero cambia de opinión y lo mantiene abierto ante ella*.)

MARTA (*Adoptando de repente un tono de voz duro.*)

¡Ah, se me olvidaba! ¿Tiene usted familia?

JAN

La tenía. Pero hace tiempo que me separé de ella.

MARTA

No, me refiero a si está usted casado.

JAN

¿Por qué me lo pregunta? En ningún otro hotel me han preguntado eso.

MARTA

La pregunta figura en el formulario que nos da la administración del cantón.

JAN

Qué raro. Sí, estoy casado. Además, habrá visto usted mi alianza.

MARTA

No me he fijado. ¿Puede darme las señas de su mujer?

JAN

Se ha quedado en su país.

MARTA

Ah, perfecto. (*Cierra el libro.*) ¿Le sirvo algo de beber mientras le hacen la habitación?

JAN

No, esperaré aquí. Espero no molestarla.

MARTA

¿Por qué había de molestarme? Para eso tenemos esta sala, para recibir a los clientes.

JAN

Ya, pero a veces un cliente solo resulta más molesto que un montón a la vez.

MARTA (*Mientras ordena la estancia.*)

¿Por qué? Supongo que no se le ocurrirá a usted hacerse el gracioso. Porque no estoy yo aquí para aguantar bromas. La gente de aquí hace tiempo que lo ha entendido. Enseguida se dará cuenta de que ha elegido una posada tranquila. No viene casi nadie.

JAN

Eso no será muy bueno para la marcha del negocio.

MARTA

Lo que perdemos en ingresos lo ganamos en tranquilidad. Y la tranquilidad no tiene precio. Además, más vale un buen cliente que una parroquia ruidosa, y lo que buscamos precisamente es el buen cliente.

JAN

Pero… (*Dudando.*), a veces la vida no debe de ser alegre para ustedes. ¿No se sienten muy solas?

MARTA (*Volviéndose bruscamente hacia él.*)

Escúcheme, veo que tendré que hacerle una advertencia, y es la siguiente: al entrar aquí, tiene usted exclusivamente los derechos de un cliente. Pero, eso sí, los disfrutará todos. Se le servirá con el mayor esmero y dudo que tenga que quejarse alguna vez de nuestro trato. En cambio, nuestra soledad no es de su incumbencia, como tampoco debe preocuparle el molestarnos o ser o no ser inoportuno. Utilice el espacio que le corresponde como cliente, está en su derecho. Pero no se tome más.

JAN

Discúlpeme. Sólo quería manifestarle mi simpatía, y no era mi intención hacerla enfadar. Sencillamente, me ha parecido que no éramos tan extraños el uno al otro.

MARTA

Me veo obligada a repetirle que el problema no es que yo me enfade o deje de enfadarme. Creo que se obstina en adoptar un tono que no le corresponde, y trato de que lo entienda. Le aseguro que no estoy enfadada. Para los dos es una ventaja guardar las distancias, ¿no cree usted? La cosa es así de sencilla: si se empeña en no comportarse como un cliente, nos negaremos a hospedarle. Pero si, como espero, se hace cargo de que dos mujeres que le alquilan una habitación no están

obligadas, por añadidura, a admitirle en su intimidad, entonces todo irá bien.

JAN

Es evidente. Es imperdonable por mi parte haberla movido a pensar que podía albergar tal ilusión.

MARTA

No tiene importancia. No es usted el primero que intenta adoptar ese tono. Pero siempre he sido lo suficientemente clara como para evitar que se produjera esa confusión.

JAN

Pues sí, es usted muy clara, y reconozco que no tengo ya nada que decir… por el momento.

MARTA

¿Por qué? Nada le impide expresarse como un cliente.

JAN

¿Y cómo se expresan los clientes?

MARTA

La mayoría nos hablaba de todo, de sus viajes, de política, de todo menos de nosotras. Es lo único que pedimos. Más de uno incluso nos ha hablado de su propia vida y de su profesión. Y me parece lógico. Al fin y al cabo, entre otras cosas, nos pagan por escuchar. Pero, por supuesto, el precio de la pensión no puede incluir la obligación para el hotelero de contestar a las preguntas. Mi madre lo hace a veces por indiferencia, pero yo me niego por principio. Si ha entendido usted bien eso, no sólo nos llevaremos bien, sino que se dará cuenta de que, aun así, podrá contarnos muchas cosas y descubrirá que, a ratos, es agradable que le escuchen a uno hablar de sí mismo.

JAN

Por desgracia, no se me da muy bien hablar de mí mismo. Pero, de todas formas, tampoco serviría de gran cosa. Si mi estancia es breve, no necesitarán conocerme. Y si se prolonga, tendrán tiempo de sobra para saber quién soy sin necesidad de oírme.

MARTA

Sólo espero que no me tenga en cuenta lo que acabo de decirle. Siempre me ha parecido preferible ver las cosas como son, y no podía dejar que siguiera hablando con un tono que, al final, hubiera echado a perder nuestras relaciones. Lo que digo es razonable. Si hasta hoy no había nada en común entre nosotros, no hay ninguna razón para que de repente creemos una intimidad ilusoria.

JAN

Ya la he perdonado. Sé que la intimidad no se improvisa. Requiere tiempo. Parece que ahora las cosas han quedado claras entre nosotros, y no puedo sino alegrarme de ello.

(*Entra* LA MADRE.)

Escena 6.ª

LA MADRE

Su habitación está lista, señor.

JAN

Muchas gracias, señora.

(LA MADRE *se sienta*.)

LA MADRE (*A* MARTA.)

¿Has llenado la ficha?

MARTA

Sí.

LA MADRE

¿Puedo verla? Discúlpeme usted, señor, pero es que la policía es muy estricta. ¿Ve?, por ejemplo, a mi hija se le ha olvidado anotar si ha venido usted aquí por razones de salud, por su trabajo o en viaje turístico.

JAN

Supongo que por turismo.

LA MADRE

Para visitar el claustro, ¿no? Todos los turistas alaban mucho nuestro claustro.

JAN

Sí, me han hablado de él. Quería también volver a ver esta región. La conocí en tiempos y conservo un gran recuerdo de ella.

MARTA

¿Vivió usted aquí?

JAN

No, pero, hace mucho tiempo, tuve ocasión de pasar y no lo he olvidado.

LA MADRE

Y eso que es un pueblecillo.

JAN

Es cierto. Pero me gusta mucho. Y desde que he llegado me siento un poco como en mi tierra.

LA MADRE

¿Se quedará mucho tiempo?

JAN

No lo sé. Supongo que le parecerá raro. Pero lo cierto es que no lo sé. Para quedarse en un lugar, tiene que haber razones: amistades, seres queridos… Si no, lo mismo da estar en un sitio que en otro. Y como resulta difícil saber si a uno le recibirán bien, es lógico que no sepa aún lo que haré.

MARTA

Lo que dice me parece un tanto confuso.

JAN

Tal vez lo sea, pero no sé expresarme mejor.

LA MADRE

Ya verá qué pronto se cansa.

JAN

No, tengo un corazón fiel y, si me dan la oportunidad, creo enseguida recuerdos.

MARTA (*Con impaciencia.*)

El corazón aquí no pinta nada.

JAN (*Como si no hubiera oído, a* LA MADRE.)

La veo muy desengañada. ¿Tanto tiempo hace que vive en este hotel?

LA MADRE

Hace años, muchísimos años. Tantos que no recuerdo ya ni los comienzos, y hasta he olvidado cómo era yo entonces. Ésta es mi hija.

MARTA

Madre, no tiene sentido que cuente usted esas cosas.

LA MADRE

Es verdad, Marta.

JAN (*Muy rápido.*)

Deje, deje. Comprendo perfectamente lo que le pasa, señora. Es lo que se siente al final de una vida de trabajo. Pero tal vez todo habría sido distinto si hubiera contado con la ayuda que necesita toda mujer y si hubiera recibido el apoyo del brazo de un hombre.

LA MADRE

No, si lo recibí, pero había demasiado trabajo. Mi marido y yo apenas dábamos abasto. No teníamos ni tiempo de pensar el uno en el otro, y creo que antes de que él muriera yo ya lo había olvidado.

JAN

Sí, lo entiendo… Y… (*Tras una breve vacilación.*) a un hijo que le hubiera brindado su brazo, ¿lo habría olvidado?

MARTA

Madre, ya sabe que tenemos mucho que hacer.

LA MADRE

¡Un hijo! ¡Huy, soy demasiado vieja! Las viejas desaprenden incluso a querer a un hijo. El corazón se desgasta, ¿sabe usted?

JAN

Es cierto. Pero yo sé que nunca olvida.

MARTA (*Interponiéndose entre ambos con decisión.*)

Si entrara aquí un hijo, se encontraría con lo que cualquier cliente sabe que va a encontrarse: una indiferencia cordial. Todos los hombres a quienes hemos hospedado lo han aceptado perfectamente. Han pagado su habitación y se les ha dado una llave. No han hablado de su corazón. (*Pausa.*) Eso ha simplificado nuestro trabajo.

LA MADRE

Deja eso.

JAN (*Meditando.*)

¿Y aun así se quedaban mucho tiempo?

MARTA

Algunos mucho tiempo. Nosotras hicimos lo necesario para que se quedaran. Otros, que eran menos ricos, se marcharon al día siguiente. Por ésos no hicimos nada.

JAN

Tengo mucho dinero y me gustaría pasar una temporada en este hotel, si ustedes me aceptan. He olvidado decirles que puedo pagar por adelantado.

LA MADRE

¡No, si no pedimos eso!

MARTA

Si es usted rico, perfecto. Pero deje de hablar de su corazón. No podemos serle de ninguna utilidad. Tan harta me tenía su tono que he estado a punto de pedirle que se marchase. Coja su llave y vaya a ver su habitación. Pero sepa que está en una casa que carece de recursos para el corazón. Demasiados años grises han desfilado sobre este pueblecillo y sobre nosotras. Poco a poco han ido enfriando la casa. Han borrado de nuestra alma la simpatía. Se lo repito, aquí no recibirá nada que se parezca a la intimidad. Recibirá lo que reservamos siempre a nuestros escasos viajeros, y lo que les reservamos nada tiene que ver con las pasiones del corazón. Coja su llave (*Se la alarga.*), y no olvide esto: le hospedamos, por interés, tranquilamente, y, si le dejamos que siga con nosotras, será por interés, tranquilamente.

(JAN *coge la llave. Sale* MARTA. JAN *la mira salir*.)

LA MADRE

No le haga usted mucho caso. Pero es cierto que hay personas a las que nunca ha podido aguantar. (*Se levanta y quiere ayudarle.*) Deje, hijo mío, que aún puedo valerme. Mire estas manos, todavía son fuertes. Podrían sostener las piernas de un hombre. (*Pausa*. JAN *contempla la llave.*) ¿Le han dejado pensativo mis palabras?

JAN

No, disculpe, apenas la he oído. Pero ¿por qué me ha llamado «hijo mío»?

LA MADRE

¡Oh, cuánto lo siento! No quería tomarme libertades, créame. Era un modo de hablar.

JAN

Entiendo. (*Pausa.*) ¿Puedo subir a mi habitación?

LA MADRE

Vaya usted, señor. Le espera el criado en el pasillo. (JAN *la mira. Quiere hablar*.) ¿Necesita algo?

JAN (*Dudando.*)

No, señora. Pero… le agradezco su acogida.

Escena 7.ª

LA MADRE *se queda sola. Se sienta, posa las manos en la mesa, y las contempla*.

LA MADRE

¿Por qué le habré hablado de mis manos? Claro que, si las hubiera mirado, quizá habría entendido lo que le decía Marta.

Habría entendido y se habría ido. Pero no lo entiende. Quiere morir. Y yo sólo quiero que se vaya, para poder acostarme y dormir otra noche. ¡Demasiado vieja! Soy demasiado vieja para volver a coger con mis manos sus tobillos y contener el balanceo de su cuerpo durante todo el trecho de camino que lleva al río. Soy demasiado vieja para hacer ese último esfuerzo que lo arrojará al agua y que me dejará con los brazos colgando, sin resuello y con los músculos paralizados, sin fuerzas para secarme el agua que me salpicará la cara. ¡Soy demasiado vieja! ¡Vamos, vamos!, que la víctima es perfecta. Debo darle el sueño que deseaba para mí esta noche. Y es…

(*Entra bruscamente* MARTA.)

Escena 8.ª

MARTA

¿Otra vez ensimismada? ¿Con toda la faena que tenemos?

LA MADRE

Pensaba en ese hombre. O, mejor dicho, pensaba en mí.

MARTA

Más vale que piense en mañana. Sea positiva.

LA MADRE

Ésas son palabras de tu padre, Marta, las reconozco. Pero me gustaría estar segura de que es la última vez que nos vemos obligadas a ser positivas. ¡Qué curioso! Él lo decía para ahuyentar el miedo a la policía; en cambio, tú utilizas esa palabra para disipar el pequeño anhelo de honradez que acaba de venirme a la mente.

MARTA

Lo que llama usted anhelo de honradez son simples ganas de dormir. Aguante el cansancio hasta mañana, que luego podrá descansar tranquila.

LA MADRE

Sé que tienes razón. Pero reconoce que este viajero es distinto a los demás.

MARTA

Sí, es demasiado distraído, y se pasa de la raya con su inocencia. ¿Qué sería del mundo si los condenados empezaran a confesarle sus penas íntimas al verdugo? No sería una buena norma. Además, me irrita su indiscreción. Quiero acabar de una vez con esto.

LA MADRE

Eso sí que no es bueno. Antes no nos dejábamos llevar ni por la ira ni por la compasión en nuestro trabajo; lo hacíamos con indiferencia. Ahora yo estoy cansada y tú irritada. Si las cosas se presentan mal, ¿por qué hemos de obcecarnos en pasar por encima de todo por un poco más de dinero?

MARTA

No es por dinero, sino para olvidar esta tierra y para tener una casa ante el mar. Si usted está cansada de su vida, yo estoy mortalmente aburrida de este horizonte cerrado y me siento incapaz de vivir un mes más aquí. Estamos las dos hartas de esta posada, y usted, que es vieja, sólo quiere cerrar los ojos y olvidar. Pero yo, que todavía siento rebullir en mi pecho algunos deseos de mis veinte años, quiero dejarlos atrás para siempre, aunque sea a costa de hundirme un poco más en esa vida que queremos dejar. Y su obligación es ayudarme, ¡usted que me trajo al mundo en un país de nubes y no en una tierra de sol!

LA MADRE

No sé, Marta, si, bien pensado, no preferiría que me olvidaras, como lo hizo tu hermano, a oírte hablarme con ese tono.

MARTA

De sobra sabe usted, madre, que no quería disgustarla. (*Pausa, y con vehemencia.*) ¿Qué haría yo si no la tuviera a mi lado, qué sería de mí lejos de usted? Yo, por lo menos, sería incapaz de olvidarla, y, si el peso de esta vida me hace alguna vez faltarle al respeto que le debo, le pido perdón.

LA MADRE

Eres una buena hija, y también sé que no siempre es fácil comprender a una anciana. Pero quiero aprovechar este momento para decirte lo que intento decirte desde hace un rato: esta noche no…

MARTA

¿Cómo? ¿Esperar a mañana? Sabe perfectamente que nunca hemos actuado así, que no hay que darle tiempo de que vea a más gente. Hay que hacerlo mientras lo tenemos a nuestra merced.

LA MADRE

Puede. Pero no esta noche. Concedámosle esta noche. Démonos ese aplazamiento. Quién sabe si eso nos salvará.

MARTA

Para nada necesitamos salvarnos; ese lenguaje es absurdo. Lo único que puede usted esperar, si lo hacemos esta noche, es poder dormir después.

LA MADRE

A eso llamaba yo salvarse: a dormir.

MARTA

Pues le juro que esa salvación está en nuestras manos. Madre, tenemos que decidirnos. O esta noche o nunca.

TELÓN

Acto II

Escena primera

La habitación. Comienza a entrar la oscuridad en la estancia. JAN *mira por la ventana.*

JAN

Tiene razón María, esta hora es dura. (*Pausa.*) ¿Qué hará, qué pensará en la habitación del hotel, acongojada, los ojos secos, encogida en una silla? Las noches de allá son promesas de felicidad. Aquí es al revés… (*Mira la habitación.*) Vamos, no tiene sentido tanta inquietud. Hay que saber lo que se quiere. En esta habitación se solventará todo.

(*Llaman bruscamente. Entra* MARTA.)

MARTA

Disculpe que le moleste. Quería cambiarle las toallas y el agua.

JAN

Pensaba que ya lo habían hecho.

MARTA

No, el criado es ya un anciano, y a veces se le olvidan las cosas.

JAN

No tiene importancia. No sé si atreverme a decirle que no me molesta.

MARTA

¿Por qué?

JAN

Porque no estoy seguro de que eso entre en lo pactado.

MARTA

Como puede ver, es usted incapaz de contestar como todo el mundo.

JAN (*Sonriendo.*)

No me quedará más remedio que acostumbrarme. Déjeme un poco de tiempo.

MARTA (*Mientras faena.*)

Se marchará enseguida. No tendrá tiempo para nada. (JAN *se vuelve y mira por la ventana*. MARTA *lo observa*. JAN *sigue vuelto de espaldas*. MARTA *habla sin dejar de faenar*.) Siento que la habitación no sea tan cómoda como esperaba.

JAN

Está limpísima, que es lo importante. Además, han hecho alguna reforma en los últimos tiempos, ¿no?

MARTA

Sí. ¿En qué lo nota?

JAN

En detalles.

MARTA

De todas formas, muchos clientes echan a faltar el agua corriente, y desde luego no les falta razón. Hace tiempo que queríamos instalar una bombilla encima de la cama. Para las personas que leen en la cama es una lata tener que levantarse a apagar la luz.

JAN (*Volviéndose.*)

Ah, sí, no lo había notado. Pero tampoco es para tanto.

MARTA

Es usted muy indulgente. Me alegro de que no le importen los numerosos defectos de nuestra posada. Otros se hubieran marchado sólo con verlos.

JAN

A pesar de lo pactado, déjeme usted decirle que es una mujer curiosa. No es habitual que el hotelero saque a relucir las deficiencias de su instalación. Realmente da la impresión de que intenta convencerme de que me marche.

MARTA

No es exactamente que piense eso. (*Tomando una decisión.*) Pero sí es cierto que mi madre y yo lo hemos dudado mucho antes de hospedarle.

JAN

En cualquier caso, he podido observar que no han puesto mucho empeño en retenerme. Pero no entiendo por qué. Pueden tener la seguridad de que soy una persona solvente, y supongo que no doy la impresión de ser un hombre que cargue con alguna fechoría en su conciencia.

MARTA

No, no es eso. No tiene usted pinta alguna de malhechor. La cosa no va por ahí. Tenemos que dejar este hotel, y desde hace ya algún tiempo cada día nos planteamos la idea de cerrar el establecimiento para iniciar los preparativos. Nos resultaba fácil, porque la clientela es escasa. Pero al presentarse usted hemos comprendido hasta qué punto habíamos renunciado a la idea de seguir con esto.

JAN

¿O sea que están deseando que me marche?

MARTA

Ya le digo, estamos dudando, sobre todo yo. En realidad, todo depende de mí, y todavía no sé qué decisión tomar.

JAN

Sepan que de ningún modo quiero ser un estorbo, y haré lo que me digan. Eso sí, confieso que me convendría quedarme uno o dos días más. Tengo que resolver unos asuntos antes de proseguir mi viaje, y esperaba encontrar aquí la paz y tranquilidad que necesito.

MARTA

Me hago perfecto cargo, créame, y, si lo desea, lo meditaré. (*Pausa. Da un paso titubeante hacia la puerta.*) ¿De modo que regresa usted al país de donde viene?

JAN

Quizá sí.

MARTA

Es un país hermoso, ¿no?

JAN (*Mira por la ventana.*)

Sí, es un país hermoso.

MARTA

Dicen que, en esas tierras, hay playas totalmente desiertas.

JAN

Es cierto. No hay nada que recuerde la presencia del hombre. Al amanecer encuentra uno en la arena las huellas que han dejado las patas de las aves marinas. Son las únicas señales de vida. Y los atardeceres…

(Se interrumpe.)

MARTA (*Con voz queda.*)

¿Y los atardeceres?

JAN

Son impresionantes. Sí, es un país hermoso.

MARTA (*Cambiando completamente de tono.*)

La de veces que lo he pensado. Algunos viajeros me han hablado de él, y he leído lo que he podido encontrar. Muchas veces, hoy sin ir más lejos, en medio de la desapacible primavera de este país, pienso en el mar y en las flores de allá. (*Pausa; luego con voz sorda.*) Y el imaginarlo me deja como ciega ante todo lo que me rodea.

(JAN *la mira con atención y se sienta suavemente ante ella*.)

JAN

Lo entiendo. Allí la primavera se apodera de uno, las flores brotan a millares sobre los muros blancos. Si se pasea usted durante una hora por las colinas que rodean mi ciudad, regresa con la ropa impregnada de olor a miel y a rosas amarillas.

(MARTA *se sienta también*.)

MARTA

Es maravilloso. Lo que aquí llamamos primavera es una rosa y dos capullos que acaban de crecer en el jardín del claustro. (*Con desprecio.*) Eso basta para emocionar a los hombres de mi país. Pero el corazón de esos hombres se parece a esa rosa avara. Un soplo más poderoso los marchitaría; tienen la primavera que se merecen.

JAN

No es usted muy justa. Porque también tienen ustedes el otoño.

MARTA

¿Qué es el otoño?

JAN

Una segunda primavera en la que todas las hojas son como flores. (*La mira con insistencia.*) Puede que ocurra lo mismo con las personas; quizá sólo con que fuera más paciente con ellas, las vería usted florecer.

MARTA

No me quedan ya reservas de paciencia para soportar esta Europa donde el otoño tiene cara de primavera y la primavera olor a otoño. Pero me gusta imaginarme ese otro país donde el verano lo aplasta todo, donde las lluvias del invierno inundan las ciudades y donde las cosas son lo que son.

(*Un silencio*. JAN *la mira cada vez con más curiosidad*. MARTA *se da cuenta y se levanta con brusquedad.*)

MARTA

¿Por qué me mira así?

JAN

Perdóneme, pero ya que, en definitiva, acabamos de abandonar nuestro pacto, puedo decírselo: me da la impresión de que, por primera vez, me ha hablado usted con un lenguaje humano.

MARTA (*Con violencia.*)

Tenga por seguro que se equivoca. Aunque eso fuera cierto, no tendría usted motivos para alegrarse. Lo humano que hay en mí no es ni mucho menos lo mejor. Lo humano que hay en mí es lo que deseo, y con tal de conseguir lo que deseo, creo que sería capaz de aplastarlo todo a mi paso.

JAN (*Sonriendo.*)

Puedo comprender esa violencia. No me asusta, ya que no soy un obstáculo en su camino. No tengo motivos para oponerme a sus deseos.

MARTA

No los tiene, pero tampoco los tiene para facilitarlos y, en ciertos casos, eso puede precipitarlo todo.

JAN

¿Quién le dice que no tengo motivos para facilitar sus deseos?

MARTA

El sentido común, y mi deseo de mantenerle al margen de mis proyectos.

JAN

Si no me equivoco, volvemos a nuestro pacto.

MARTA

Sí, y ya ve que hemos hecho mal no respetándolo. En cualquier caso, le agradezco que me haya hablado de los países que conoce y le pido disculpas por haberle hecho perder el tiempo. (*Está ya cerca de la puerta.*) Sin embargo, le confesaré que, por mi parte, no lo he perdido del todo. Ha despertado en mí deseos que tal vez estaban apagándose. Si de veras tenía usted interés en quedarse aquí, sepa que, sin proponérselo, se ha salido con la suya. Había venido casi decidida a pedirle que se marchara, pero, ya lo ve, ha apelado usted a mi lado humano, y ahora me gustaría que se quedase. Mi amor al mar y a los países del sol saldrá ganando en definitiva.

(JAN *la mira un momento en silencio*.)

JAN (*Lentamente.*)

Se expresa usted de un modo extraño. Pero me quedaré, si puedo, y si su madre tampoco ve inconveniente.

MARTA

Los deseos de mi madre son menos vehementes que los míos, y es natural. Por lo tanto, no tiene los mismos motivos que yo para desear su presencia. No piensa lo suficiente en el mar y en las playas agrestes

como para admitir la necesidad de que usted se quede. Ese motivo sólo me sirve a mí. Pero, al mismo tiempo, tampoco tiene razones de peso para oponerse, y eso basta para resolver el problema.

JAN

Si no he entendido mal, una de ustedes me admitirá por interés y la otra por indiferencia.

MARTA

¿Qué más puede pedir un viajero?

(Abre la puerta.)

JAN

Al parecer debo alegrarme. Pero supongo que comprenderá que todo aquí me resulte raro, el lenguaje y las personas. Esta casa es extraña.

MARTA

Quizá lo único que ocurre es que se comporta usted de una forma extraña.

(Sale.)

Escena 2.ª

JAN (*Mirando hacia la puerta.*)

Quizá, en efecto… (*Se dirige hacia la cama y se sienta.*) Pero esa muchacha sólo me inspira deseos de marcharme, de volver con María y de seguir siendo feliz. Todo esto es una estupidez. ¿Qué hago aquí? Pero no, mi deber es ocuparme de mi madre y de mi hermana. Las he tenido olvidadas demasiado tiempo. (*Se levanta.*) Sí, en esta habitación se solventará todo.

¡Pero qué frío es este cuarto! No reconozco nada, todo está cambiado. Ahora es igual que todas las habitaciones de hotel de esas ciudades extranjeras adonde llegan hombres solos cada noche. También las he conocido. Me parecía entonces que había que encontrar una respuesta. Tal vez me la den aquí. (*Mira afuera.*) Se está nublando. Y ya vuelve a asaltarme mi vieja angustia, aquí dentro, como una vieja herida que se aviva cada vez que me muevo. Conozco su nombre. Es temor a la soledad eterna, miedo de que no exista respuesta. ¿Y quién va a responder en una habitación de hotel?

(*Se ha acercado al timbre. Duda, y luego llama. No se oye nada. Un momento de silencio, luego suenan pasos; llaman una vez. Se abre la puerta. Aparece* EL CRIADO ANCIANO *en el dintel. Permanece inmóvil y en silencio.*)

JAN

No era nada. Disculpe. Sólo quería comprobar si contestaba alguien, si funcionaba el timbre.

(EL ANCIANO *lo mira; luego cierra la puerta. Se alejan los pasos*.)

Escena 3.ª

JAN

Funciona el timbre, pero él no habla. No es una respuesta. (*Mira al cielo.*) ¿Qué hago?

(Llaman dos veces a la puerta. Entra la hermana con una bandeja.)

Escena 4.ª

JAN

¿Sí?

MARTA

El té que ha pedido.

JAN

Yo no he pedido nada.

MARTA

¿Ah? Pues habrá oído mal el viejo. A veces entiende las cosas a medias. (*Posa la bandeja en la mesa*. JAN *hace un gesto.*) ¿Me lo llevo?

JAN

No, no, al revés, muchas gracias.

(MARTA *le mira. Sale*.)

Escena 5.ª

JAN (*Coge la taza, la mira, vuelve a dejarla.*)

Un vaso de cerveza, pero a cambio de mi dinero; una taza de té, y por error. (*Coge la taza y la sostiene un instante en silencio. Luego añade con voz sorda:*) ¡Oh, Dios mío! Dame fuerzas para encontrar las palabras, o haz que abandone esta inútil empresa para volver con María, con su amor. Pero entonces dame fuerzas para elegir lo que prefiero y actuar en consecuencia.

(Bebe. Llaman con fuerza a la puerta.)

JAN

¿Qué hay?

(*Se abre la puerta. Entra* LA MADRE.)

Escena 6.ª

LA MADRE
Perdóneme, señor, me ha dicho mi hija que le ha traído el té.

JAN
Ya lo ve.

LA MADRE
¿Se lo ha tomado?

JAN
Sí, ¿por qué?

LA MADRE
Disculpe, me llevaré la bandeja.

JAN (*Sonríe.*)
Siento haberla molestado.

LA MADRE
No tiene importancia. En realidad, este té no era para usted.

JAN
¡Ah!, era eso. Su hija me lo ha traído sin que yo se lo hubiese pedido.

LA MADRE (*Con voz como cansada.*)
Sí, así es. Más hubiera valido…

JAN (*Sorprendido.*)

Lo siento, créame, pero su hija ha querido dejármelo a pesar de todo y no me ha parecido…

LA MADRE

Yo también lo siento. Pero no tiene que disculparse. Sólo ha sido un error.

(Coloca las cosas en la bandeja y se dispone a salir.)

JAN

¡Señora!

LA MADRE

Sí.

JAN

Acabo de tomar una decisión: creo que me marcharé esta noche, después de cenar. Naturalmente, le pagaré la habitación. (*Ella lo mira en silencio.*) Entiendo que le sorprenda. Pero sobre todo no se figure que es usted responsable de nada. Le aseguro que me inspira usted simpatía, incluso una gran simpatía. Pero para serle sincero, no me siento a gusto aquí y prefiero no prolongar mi estancia.

LA MADRE (*Lentamente.*)

No importa, señor. En principio, es usted completamente libre. Aunque, tal vez, de aquí a la cena cambie usted de opinión. A veces se obedece a una impresión momentánea, pero luego las cosas se arreglan y acaba uno acostumbrándose.

JAN

No lo creo, señora. Eso sí, no vaya a imaginarse que me marcho descontento. Al revés, le estoy muy agradecido de que me haya recibido como lo ha hecho. (*Vacila.*) Me ha parecido notar que me miraba usted con cierta simpatía.

LA MADRE

Era completamente natural, señor. No tenía motivos personales para mostrarle hostilidad.

JAN (*Con emoción contenida.*)

Tal vez, en efecto. Pero se lo digo porque quiero que nos separemos en buenos términos. Puede que vuelva más adelante. Incluso estoy seguro. Pero, por el momento, me parece que me he equivocado y que no tengo nada que hacer aquí. Para serle claro, tengo la penosa impresión de que esta casa no es la mía.

(Ella sigue mirándolo.)

LA MADRE

Sí, claro. Pero normalmente son cosas que se sienten al instante.

JAN

Tiene usted razón. Verá, es que soy un poco distraído. Y además nunca es fácil regresar a un país al que no se ha vuelto en mucho tiempo. Tiene que comprenderlo.

LA MADRE

Lo comprendo, señor, y ojalá todo hubiera estado a su gusto. Pero creo que, por nuestra parte, nada podemos hacer.

JAN

Pues claro que no, y no les reprocho nada. Sólo que han sido ustedes las únicas personas a las que he tratado desde mi regreso, y probablemente eso me ha hecho empezar a sentir las dificultades que me esperan. Por supuesto, todo es cosa mía; todavía no me he aclimatado.

LA MADRE

Cuando las cosas arrancan mal, ya no hay nada que hacer. En cierto modo, también a mí me disgusta que haya decidido usted marcharse.

Pero pienso que, al fin y al cabo, tampoco tengo motivos para concederle a ese hecho importancia.

JAN

Ya es mucho que comparta usted mi disgusto y que se esfuerce en comprenderme. No sé si sería capaz de expresar hasta qué punto me conmueve y me alegra lo que acaba usted de decir. (*Hace ademán de acercarse a ella.*) Verá…

LA MADRE

Forma parte de nuestro trabajo ser atentos con los clientes.

JAN (*Desanimado.*)

Tiene usted razón. (*Pausa.*) En definitiva, sólo les debo disculpas y, si lo juzgan conveniente, una indemnización. (*Se pasa la mano por la frente. Parece más cansado. Se expresa con mayor dificultad.*) Mi llegada habrá supuesto preparativos, gastos, y es de lo más lógico…

LA MADRE

No tenemos la menor intención de pedirle ninguna indemnización. Yo lamentaba su incertidumbre por usted, no por nosotras.

JAN (*Apoyándose en la mesa.*)

Por favor, eso no importa. Lo fundamental es que estemos de acuerdo y que no guarden un mal recuerdo de mí. No olvidaré su casa, téngalo por seguro, y espero que el día en que vuelva por aquí me encuentre de mejor ánimo.

(LA MADRE *camina sin decir nada hacia la puerta*.)

JAN

¡Señora!

(*Ella se vuelve*. JAN *habla al principio con dificultad, pero termina con más soltura.*)

JAN

Me gustaría… (*Se interrumpe.*) Discúlpeme, pero el viaje me ha cansado. (*Se sienta en la cama.*) Me gustaría, al menos, darle las gracias… También quiero que sepa que no me iré de esta casa como un huésped indiferente.

LA MADRE

Muchas gracias, señor.

(Sale.)

Escena 7.ª

JAN *la mira salir. Hace un ademán, pero, al mismo tiempo, da muestras de cansancio. Parece rendirse a la fatiga y se acoda en la almohada.*

JAN

Mañana volveré aquí con María, y les diré: «Soy yo». Las haré felices. No cabe duda. Tenía razón María. (*Suspira, se recuesta en la cama.*) ¡Ah!, no me gusta esta noche. Está todo tan lejano… (*Se ha echado, no se oye lo que dice, habla con voz apenas audible.*) ¿Sí o no?

(*Se agita. Duerme. El escenario está casi a oscuras. Largo silencio. Se abre la puerta. Entran las dos mujeres con una linterna. Las sigue* EL CRIADO ANCIANO.)

Escena 8.ª

MARTA (*Tras iluminar el cuerpo, con voz ahogada.*)

Duerme.

LA MADRE (*Con la misma voz, que poco a poco va subiendo de tono.*)

¡No, Marta! No me gusta que me presiones así. Me fuerzas a cometer este acto. Lo empiezas tú para obligarme a mí a acabar. No me gusta que tengas tan poco en cuenta mis dudas.

MARTA

Es una manera de simplificar las cosas. Estaba usted tan confusa que me he visto obligada a ayudarla actuando yo.

LA MADRE

Ya sé que había que acabar con esto. Pero, de todas formas, no me gusta.

MARTA

Vamos, mejor piense en mañana; démonos prisa.

(*Hurga en la chaqueta, saca una cartera y cuenta los billetes. Vacía todos los bolsillos de* JAN. *Durante esta operación, cae el pasaporte y se escurre detrás de la cama*. EL CRIADO *lo recoge sin que lo adviertan las mujeres y se retira.*)

MARTA

Bueno. Todo listo. Dentro de un momento subirán las aguas del río. Bajemos. Vendremos a buscarlo cuando oigamos correr el agua por encima de la presa. ¡Vamos!

LA MADRE (*Con calma.*)

No, estamos bien aquí.

(Se sienta.)

MARTA

Pero… (*Mira a su madre; luego dice con tono desafiante.*) No se crea que me da miedo quedarme. Esperemos aquí.

LA MADRE

Pues claro, esperemos. Esperar es bueno y descansa. Luego tendremos que llevarlo todo el trecho de camino, hasta el río. Sólo pensarlo me cansa; y es un cansancio tan antiguo que mi sangre ya no puede con él. (*Se tambalea un poco, como si ella también estuviera medio dormida.*) Entretanto, él no se da cuenta de nada. Duerme. Ha terminado con este mundo. Todo le resultará fácil en adelante. Pasará de un sueño poblado de imágenes a un sueño sin sueños. Lo que para todo el mundo es un horrible desgarramiento, no será para él más que un largo dormir.

MARTA (*Desafiante.*)

¡Pues mejor así! Yo no tenía motivo alguno para odiarle, y me alegra ahorrarle al menos el sufrimiento. Pero… creo que están subiendo las aguas. (*Escucha y sonríe.*) Madre, madre, pronto todo habrá acabado.

LA MADRE (*Misma actitud.*)

Sí, todo habrá acabado. Las aguas suben. Entretanto, él no se da cuenta de nada. Duerme. Ya no conoce el cansancio del trabajo que hay que decidir, del trabajo que hay que terminar. Duerme, no tiene ya que resistirse, que forzarse, que exigirse a sí mismo lo que no puede hacer. Ya no carga con la cruz de esta vida interior que proscribe el descanso, la distracción, la debilidad… Duerme y ya no piensa, no tiene deberes ni obligaciones, no, nada ya, y yo estoy vieja y cansada, ¡oh!, ahora me gustaría dormir y tener que morirme pronto. (*Silencio.*) ¿No dices nada, Marta?

MARTA

No. Escucho. Espero que suene el ruido de las aguas.

LA MADRE

Dentro de un momento. Sólo un momento. Sí, un momento más. Entretanto, al menos, todavía es posible la felicidad.

MARTA

La felicidad será posible después. No antes.

LA MADRE

Marta, ¿sabías que él quería marcharse esta noche?

MARTA

No, no lo sabía. Pero, aunque lo hubiera sabido, habría actuado igual. Lo tenía decidido.

LA MADRE

Me lo ha dicho hace un rato. Y yo no sabía qué contestarle.

MARTA

¿O sea que lo ha visto usted?

LA MADRE

He subido aquí para impedirle que bebiera. Pero era ya tarde.

MARTA

¡Sí, era ya tarde! Y como veo que no me queda más remedio, le diré que me ha decidido él. Yo dudaba. Me ha hablado de los países adonde espero ir, ha sabido emocionarme y me ha dado armas contra él. Así se ve recompensada la inocencia.

LA MADRE

Sin embargo, Marta, al final había comprendido. Me ha dicho que notaba que esta casa no era la suya.

MARTA (*Con dureza e impaciencia.*)

Y esta casa, en efecto, no es la suya, ni la suya ni la de nadie. Y nadie encontrará en ella desahogo ni calor. Si hubiera comprendido eso antes, habría salvado la vida y nos habría evitado tener que mostrarle que esta habitación está aquí para dormir en ella y este mundo para morir. Y ahora basta, tenemos… (*Se oye a lo lejos el ruido de las aguas.*) Venga usted, madre, y por el amor de ese Dios al que a veces invoca, acabemos con esto de una vez.

(La madre *da un paso hacia la cama*.)

La madre

¡Vamos! Pero me parece que este amanecer no llegará nunca.

TELÓN

Acto III

Escena primera

En escena, La madre, Marta *y* El criado. *El viejo barre y pone orden. La hermana está detrás del mostrador, estirándose el pelo hacia atrás*. La madre *cruza el escenario y se dirige hacia la puerta*.

Marta

¿Ve usted como ha llegado el amanecer?

La madre

Sí. Mañana me alegraré de que por fin haya acabado todo. Ahora lo único que noto es cansancio.

Marta

Es la primera mañana en muchos años que respiro. Me parece estar oyendo ya el mar. Siento tanta alegría aquí dentro que me entran ganas de gritar.

La madre

Mejor, Marta, mejor. Pero en este momento me siento tan vieja que no puedo compartir nada contigo. Mañana todo irá mejor.

Marta

Sí, todo irá mejor, así lo espero. Pero no se queje aún y déjeme ser feliz a mis anchas. Vuelvo a ser la muchacha que fui. De nuevo me arde el cuerpo y tengo ganas de correr. ¡Oh!, dígame una cosa tan sólo…

(Se interrumpe.)

LA MADRE

¿Qué pasa, Marta? Pareces otra.

MARTA

Madre… (*Vacila; luego con vehemencia.*) ¿Todavía soy guapa?

LA MADRE

Lo eres esta mañana. El crimen es hermoso.

MARTA

¡Qué importa ahora el crimen! Me siento nacer por segunda vez, iré a la tierra donde seré feliz.

LA MADRE

Me voy a descansar. Pero me alegra saber que por fin la vida va a empezar para ti.

(EL CRIADO ANCIANO *aparece en lo alto de la escalera, baja hacia* MARTA*, le alarga el pasaporte y sale sin decir nada*. MARTA *abre el pasaporte y lo lee sin que su rostro acuse reacción alguna*.)

LA MADRE

¿Qué es eso?

MARTA (*Con voz tranquila.*)

Su pasaporte. Lea usted.

LA MADRE

Ya sabes que tengo la vista cansada.

MARTA

¡Lea! Así sabrá su nombre.

(LA MADRE *coge el pasaporte, se sienta ante una mesa, abre el pasaporte y lee. Permanece largo rato mirando las páginas que tiene delante*.)

LA MADRE (*Sin inmutarse.*)

Ya sabía yo que algún día pasaría algo así y que entonces habría que terminar de una vez por todas.

MARTA (*Colocándose delante del mostrador.*)

¡Madre!

LA MADRE (*Con el mismo tono*.)

Déjalo, Marta; ya he vivido bastante. He vivido mucho más tiempo que mi hijo. No lo he reconocido y lo he matado. Ahora puedo ir a reunirme con él al fondo de ese río donde las hierbas le cubren ya la cara.

MARTA

¡Madre! ¿No irá a dejarme sola?

LA MADRE

Me has ayudado mucho, Marta, y siento abandonarte. Si todavía tiene algún sentido, puedo dar fe de que a tu modo has sido una buena hija. Siempre me has guardado el respeto debido. Pero ahora estoy cansada, y mi viejo corazón, que se creía insensible a todo, acaba de conocer de nuevo el dolor. Ya no tengo edad para resignarme a eso. Y, de todas formas, el que una madre sea incapaz de reconocer a su propio hijo significa que ha acabado su papel en este mundo.

MARTA

No, madre, si todavía está pendiente la felicidad de su hija. No entiendo lo que me dice. No reconozco sus palabras. ¿Acaso no me ha enseñado usted a no respetar nada?

LA MADRE (*Con el mismo tono indiferente.*)

Sí, pero yo acabo de saber que me equivocaba y que, en este mundo donde nada es seguro, hay que tener certezas. (*Con amargura*.) El amor de una madre por su hijo es ahora mi certeza.

MARTA

¿Me está usted diciendo que no está segura de que una madre pueda amar a su hija?

LA MADRE

No quiero lastimarte ahora, Marta, pero lo cierto es que no es lo mismo. Es menos intenso. ¿Cómo puedo prescindir del amor de mi hijo?

MARTA (*Con vehemencia.*)

¡Bonito amor, que la tuvo olvidada veinte años!

LA MADRE

Sí, bonito amor, que sobrevivió a veinte años de silencio. ¡Y, además, da lo mismo! Ese amor es lo bastante hermoso para mí, puesto que sin él no puedo vivir.

(Se levanta.)

MARTA

No es posible que diga usted eso sin rebelarse y sin pensar en su hija.

LA MADRE

Pues no, no pienso en nada, y menos aún en rebelarme. Esto es el castigo, Marta, y supongo que llega un momento en que a todos los asesinos les pasa lo mismo que a mí, que se quedan vacíos por dentro, estériles, sin futuro posible. Por eso los ejecutan, porque no sirven para nada.

MARTA

Utiliza usted un lenguaje que desprecio. No soporto oírla hablar de crímenes y de castigos.

LA MADRE

Digo lo que me viene a los labios, nada más. ¡Ah!, he perdido la libertad, ¡empieza el infierno!

MARTA (*Se acerca a ella, y con violencia.*)

No decía usted eso antes. Durante todos estos años ha estado siempre a mi lado sosteniendo con mano firme las piernas de los que iban a morir. Entonces no se paraba a pensar en la libertad y en el infierno. Y continuó haciendo lo mismo. ¿Por qué ha de cambiar eso su hijo?

LA MADRE

Es cierto, continué haciéndolo. Pero por costumbre, como una muerta. Bastaba el dolor para transformarlo todo. Eso es lo que mi hijo ha venido a cambiar. (MARTA *hace ademán de hablar*.) Ya sé que resulta extraño, Marta. ¿Qué significa el dolor para una criminal? Pero, como ves, no es un auténtico dolor de madre: todavía no he gritado. Es sólo el sufrimiento que produce renacer al amor, y sin embargo me rebasa. También sé que tampoco existe razón para ese sufrimiento. (*Cambiando de tono.*) Pero el mundo tampoco es razonable; y bien puedo decirlo yo, que lo he vivido todo, desde la creación hasta la destrucción.

(*Se dirige decidida hacia la puerta, pero* MARTA *la adelanta y se planta ante la entrada.*)

MARTA

No, madre, no me abandonará. No olvide que yo me quedé y que él se marchó, que me ha tenido usted a su lado toda una vida y que él guardó silencio desde que se fue. Eso se paga. Debe tener eso en cuenta. Y conmigo es con quien ha de quedarse.

LA MADRE (*Con dulzura.*)

Es cierto, Marta, ¡pero a él lo he matado!

(Marta *se ha vuelto un poco hacia atrás, como si mirara hacia la puerta*.)

Marta (*Tras un silencio, con creciente vehemencia.*)
Él consiguió cuanto la vida puede darle a un hombre. Abandonó su país. Conoció otros espacios, el mar, seres libres. Yo me quedé aquí. Me quedé, pequeña y apagada, sumida en el tedio, sepultada en el corazón del continente y crecí en el espesor de estas tierras. Nadie ha besado mi boca, y ni siquiera usted ha visto mi cuerpo desnudo. Se lo juro, madre, eso ha de pagarse. Y con la vana excusa de que un hombre ha muerto, no puede escurrir el bulto en el momento en que yo iba a recibir lo que me corresponde. Comprenda que, para un hombre que ha vivido, la muerte es algo irrisorio. Podemos perfectamente olvidar a mi hermano. Lo que le ha ocurrido carece de importancia: no le quedaba ya nada por conocer. En cambio, a mí pretende usted arrebatármelo todo, quitarme aquello de lo que él ha disfrutado. ¿Y encima va a robarme el amor de mi madre y a llevársela para siempre a su río helado?

(Se miran en silencio. La hermana baja los ojos.)

Marta (*Muy quedo.*)
Me contentaría con tan poco… Madre, hay palabras que nunca he sabido pronunciar, pero creo que sería grato reanudar nuestra vida de cada día.

(La madre *se ha acercado a ella*.)

La madre
¿Lo habías reconocido?

Marta (*Alzando bruscamente la cabeza.*)
¡No! No lo había reconocido. No conservaba imagen alguna de él, ha pasado lo que tenía que pasar. Usted misma lo ha dicho, este mundo no es razonable. Pero tampoco está mal que me haga esa pregunta. Porque ahora sé que, aunque lo hubiera reconocido, nada hubiese cambiado.

LA MADRE

Prefiero creer que eso no es cierto. Incluso los peores asesinos tienen momentos de tregua.

MARTA

También los tengo yo. Pero ante un hermano desconocido e indiferente no hubiera agachado la cabeza.

LA MADRE

¿Pues entonces ante quién?

(MARTA *baja la cabeza*.)

MARTA

Ante usted.

(*Silencio*.)

LA MADRE (*Lentamente*.)

Demasiado tarde, Marta. Ya no puedo hacer nada por ti (*Se vuelve hacia su hija.*) ¿Lloras, Marta? No, no sabrías llorar. ¿Recuerdas cuando te besaba?

MARTA

No, madre.

LA MADRE

Tienes razón. Hace mucho tiempo de eso y enseguida olvidé tenderte los brazos. Pero no he dejado de quererte. (*Aparta con dulzura a* MARTA, *que poco a poco se hace a un lado para dejarla pasar.*) Lo sé ahora, que hablo con el corazón; vuelvo a vivir en el momento en que ya no soporto vivir.

(MARTA *la ha dejado pasar*.)

MARTA (*Con el rostro entre las manos.*)

Pero ¿qué puede importarle más que ver desgraciada a su hija?

LA MADRE

Tal vez el cansancio, y el ansia de descanso.

(Sale sin que su hija se oponga.)

Escena 2.ª

(MARTA *corre hacia la puerta, la cierra bruscamente, se pega a ella. Se pone a gritar.*)

MARTA

¡No! Yo no tenía por qué velar por mi hermano, y, sin embargo, de pronto me encuentro desterrada en mi propio país; hasta mi propia madre me ha rechazado. Pero yo no tenía por qué velar por mi hermano, ésa es la injusticia que se inflige a la inocencia. Ahora él ha visto realizado su deseo, mientras que yo me quedo sola, lejos del mar que tanto ansiaba. ¡Oh, cómo lo odio! ¡Toda la vida esperando esa ola que tenía que llevarme con ella, y ahora sé que ya no vendrá! A mi derecha y a mi izquierda, delante y detrás de mí, me veo condenada a permanecer con una multitud de pueblos y de naciones, de llanos y de montañas, que detienen el viento del mar, cuyos cuchicheos y murmullos ahogan su insistente llamada. (*Más quedo.*) ¡Otros tienen más suerte! Existen lugares alejados del mar donde el viento nocturno lleva a veces un olor a algas. Con él trae imágenes de playas húmedas en las que suena el grito de las gaviotas. O de arenas doradas en atardeceres sin fin. Pero el viento no tiene fuerza para llegar hasta aquí; ya nunca recibiré lo que se me debe. Por más que pegue el oído al suelo, no oiré el batir de las olas heladas o la cadenciosa respiración del mar alegre. Estoy demasiado lejos de lo que amo y mi distancia no tiene remedio. ¡Lo odio, lo odio por haber conseguido lo que quería! En

cambio, mi patria es este lugar cerrado y espeso con un cielo sin horizonte; sólo tengo para saciar mi hambre el ácido ciruelo de esta tierra y nada para saciar mi sed, salvo la sangre que he derramado. ¡Ése es el precio que se paga por el cariño de una madre!
¡Pues que muera, puesto que no me quiere! ¡Que se cierren las puertas a mi alrededor! ¡Que me deje entregarme a mi justa ira! Porque, antes de morir, no alzaré los ojos para implorar al cielo. Allí donde es posible huir, ser libre, apretar el cuerpo contra otro cuerpo, saltar sobre las olas, en ese país defendido por el mar, allí los dioses no se acercan. En cambio, aquí, donde la mirada encuentra barreras por todos los lados, toda la tierra está concebida para que el rostro se alce y la mirada suplique. ¡Ah!, cómo odio este mundo en el que nos vemos reducidos a Dios. Pero a mí, víctima de la injusticia, no se me ha dado lo que se me debe, y no me arrodillaré. Privada de mi lugar en esta tierra, rechazada por mi madre, sola en medio de mis crímenes, abandonaré este mundo sin haberme reconciliado con él.

(Llaman a la puerta.)

Escena 3.ª

MARTA
¿Quién es?

MARÍA
Una viajera.

MARTA
Ya no recibimos clientes.

MARÍA
Vengo a ver a mi marido.

(Entra.)

MARTA (*Mirándola.*)
¿Y quién es su marido?

MARÍA
Llegó aquí ayer, y tenía que reunirse conmigo esta mañana. Me extraña que no lo haya hecho.

MARTA
Dijo que su mujer estaba en el extranjero.

MARÍA
Tiene sus razones para ello. Pero teníamos que encontrarnos esta mañana.

MARTA (*Que no ha dejado de mirarla.*)
Eso va a ser difícil. Su marido ya no está aquí.

MARÍA
¿Qué dice usted? ¿No se alojó en su hotel?

MARTA
Sí, pero se marchó esta noche.

MARÍA
No puedo creerlo, conozco los motivos que tiene para quedarse en esta casa. Pero me preocupa su tono. Dígame lo que tenga que decirme.

MARTA
No tengo nada que decirle; sólo que su marido ya no está aquí.

MARÍA
No ha podido marcharse sin mí, no la entiendo. ¿Se ha despedido definitivamente o ha dicho que volvería?

MARTA

Se ha despedido definitivamente.

MARÍA

Escuche. Desde ayer me veo obligada a soportar en este país extraño una espera que me ha agotado la paciencia. He venido porque estaba inquieta, y no pienso marcharme sin haber visto a mi marido o sin saber dónde encontrarlo.

MARTA

Eso no es asunto mío.

MARÍA

Se equivoca. También es asunto suyo. No sé si mi marido aprobará lo que voy a decirle, pero estoy harta de tanta complicación. El hombre que llegó a su casa ayer por la mañana es el hermano del que no oía usted hablar desde hace años.

MARTA

No me dice usted nada nuevo.

MARÍA (*Estallando.*)

Pues entonces, ¿qué ha pasado? ¿Cómo es que su hermano no está en esta casa? ¿No lo ha reconocido, y no se han alegrado su madre y usted de que regresara?

MARTA

Su marido ya no esta aquí porque ha muerto.

(MARÍA *sufre un sobresalto y permanece un rato silenciosa, sin despegar los ojos de* MARTA. *Luego se acerca a ella y sonríe*.)

MARÍA

Bromea usted, ¿verdad? Jan me ha contado muchas veces que, de niña, le gustaba a usted desconcertar a la gente. Somos casi hermanas y…

MARTA

No me toque. Quédese donde está. Nosotras dos no tenemos nada en común. (*Pausa.*) Su marido murió esta noche, le aseguro que no es ninguna broma. No tiene usted nada que hacer aquí.

MARÍA

Pero está usted loca, loca de atar. Uno no muere así como así. Es demasiado repentino, no puedo creerla. ¿Dónde está? Déjeme que lo vea muerto y sólo entonces creeré lo que no puedo ni siquiera imaginar.

MARTA

Imposible. Está en un sitio en el que nadie puede verle. (MARÍA *hace un gesto hacia ella*.) No me toque y quédese ahí… Está en el fondo del río; mi madre y yo lo hemos llevado allí esta noche, después de dormirlo. No ha sufrido, pero, en cualquier caso, está muerto, y lo hemos matado mi madre y yo.

MARÍA (*Retrocede.*)

No, no…, soy yo la que está loca y la que oye palabras que nunca se habían pronunciado en la faz de la Tierra. Sabía que nada bueno me esperaba aquí, pero no estoy dispuesta a participar en esta demencia. No entiendo, no la entiendo…

MARTA

Mi papel no es convencerla, sino simplemente informarla. Usted misma se rendirá a la evidencia.

MARÍA (*Como distraída.*)

¿Por qué han hecho ustedes eso?

MARTA

¿En nombre de qué me hace esa pregunta?

MARÍA (*Gritando.*)

¡En nombre de mi amor!

MARTA

¿Qué quiere decir esa palabra?

MARÍA

Quiere decir todo lo que, ahora, me desgarra y me muerde, este delirio que abre mis manos impulsándome a matar. Si no fuera por la obcecada incredulidad que perdura en mi corazón, sabría usted, loca, lo que quiere decir esa palabra al sentir que le desgarro la cara con las uñas.

MARTA

La verdad es que utiliza usted un lenguaje que no entiendo. Amor, alegría, dolor, son palabras que no me caben en la cabeza.

MARÍA (*Haciendo un gran esfuerzo.*)

Escuche, dejemos este juego, si es que lo es. No nos vayamos por las ramas con palabras inútiles. Dígame, muy claramente, lo que quiero saber muy claramente, antes de abandonarme a la desesperación.

MARTA

Es difícil ser más clara de lo que lo he sido. Hemos matado a su marido esta noche, para robarle el dinero, como lo habíamos hecho ya con otros viajeros antes que él.

MARÍA

¿O sea que su madre y su hermana eran unas criminales?

MARTA

Sí.

MARÍA (*Con el mismo esfuerzo.*)

¿Sabía usted que era su hermano?

MARTA

Ya que quiere saberlo, hubo un malentendido. Y por poco que conozca el mundo, no le sorprenderá.

MARÍA (*Regresando hacia la mesa, los puños pegados al pecho, con voz sorda.*)

¡Oh!, Dios mío, ya sabía yo que esta comedia acabaría trágicamente y que él y yo recibiríamos un castigo por prestarnos a ella. Se cernía la desgracia en el cielo. (*Se detiene ante la mesa y habla sin mirar a* MARTA.) Él quería que le reconocieran ustedes, regresar a su casa, traerles la felicidad, pero no sabía cómo decirlo. Y mientras buscaba las palabras, lo matan. (*Se echa a llorar.*) Y ustedes, como dos perturbadas, ciegas ante ese hijo maravilloso que regresaba… porque era maravilloso, ¡si supiera usted qué corazón noble, qué alma exigente acaba de matar! Podía haber sido su orgullo, como lo era el mío. ¡Pero no!, era usted su enemiga, es usted su enemiga, ¡usted que puede hablar fríamente de algo que debería arrojarla a la calle y arrancarle gritos de fiera salvaje!

MARTA

No juzgue tan pronto, porque no lo sabe usted todo. En este momento, mi madre se ha reunido con su hijo. El agua empieza a devorarlos. No tardarán en descubrirlos y descansarán en la misma tierra. Pero tampoco veo que eso tenga que arrancarme gritos. Mi idea del corazón humano es distinta y, para serle sincera, me repugnan sus lágrimas.

MARÍA (*Volviéndose hacia ella con odio.*)

Son las lágrimas de las alegrías para siempre perdidas. A usted le convienen más estas lágrimas que ese dolor seco que va a invadirme dentro de poco y que podría impulsarme a matarla sin vacilar un instante.

MARTA

Es algo que me deja fría. Le aseguro que supondría poca cosa para mí. Yo también he visto y oído suficiente, y también he decidido morir. Pero no quiero mezclarme con ellos. ¿Qué me importa a mí su compañía? Ahí se queden con su cariño recobrado y sus caricias oscuras. Ni usted

ni yo cabemos ahí, nos son infieles para siempre. Menos mal que me queda mi cuarto, será grato morir sola en él.

MARÍA

Tanto me da que muera usted como que se venga abajo el mundo, porque yo he perdido al que amo. Ahora tendré que vivir en medio de esta terrible soledad en la que la memoria es un suplicio.

(MARTA *se coloca tras ella y habla desde allí*.)

MARTA

Tampoco exageremos. Usted ha perdido a su marido y yo a mi madre. Al fin y al cabo, estamos en paz. Pero usted sólo lo ha perdido una vez, después de haber disfrutado durante años de él y sin que él la haya rechazado. En cambio, a mí mi madre me ha rechazado. Ahora ha muerto y la he perdido dos veces.

MARÍA

Él quería compartir con ustedes su fortuna, hacerlas felices a las dos. Y en eso pensaba, solo en su habitación, mientras ustedes preparaban su muerte.

MARTA (*Con voz de pronto desesperada.*)

Yo estoy en paz con su marido, porque he vivido su misma desesperación. Como él, pensaba que tenía mi casa. Imaginaba que el crimen era nuestro hogar, un hogar que nos unía para siempre a mi madre y a mí. ¿En qué otra persona podía volcarme sino en ella, que había matado al mismo tiempo que yo? Pero me equivocaba. El crimen también es una soledad, incluso si se comete entre mil. Y es justo que muera sola, después de haber vivido y matado sola.

(MARÍA *se vuelve hacia ella, llorosa*.)

MARTA (*Echándose hacia atrás y de nuevo con voz dura.*)

No me toque, ya se lo he dicho. Sólo con pensar que una mano humana pueda imponerme su calor antes de morir, que cualquier cosa que se asemeje al repulsivo cariño de los hombres pueda perseguirme todavía, noto que la sangre me sube furiosa a las sienes.

(Están frente a frente, muy cerca.)

MARÍA

No tema. La dejaré morir como desea. Estoy ciega, ¡ya no veo! Y ni su madre ni usted serán nunca para mí más que rostros huidizos, rostros hallados y perdidos en el transcurso de una tragedia que será eterna. No me inspiran ustedes ni odio ni compasión. No puedo ya amar ni odiar a nadie. (*Esconde de pronto la cara entre las manos.*) En realidad, apenas he tenido tiempo de sufrir o de rebelarme. La desgracia es más grande que yo.

(MARTA, *que se ha vuelto y ha dado unos pasos hacia la puerta, regresa hacia* MARÍA.)

MARTA

Pero tampoco tan grande, puesto que le ha dejado lágrimas. Y antes de separarme de usted para siempre, veo que todavía me queda algo pendiente. Me queda desesperarla a usted.

MARÍA (*Mirándola aterrada.*)

¡Oh!, déjeme. ¡Váyase y déjeme!

MARTA

La dejaré, en efecto, y para mí será también un alivio, no aguanto su amor y su llanto. Pero no puedo morir dejándole la idea de que tiene razón, de que el amor no es inútil y de que esto es un accidente. Porque ahora las cosas han vuelto al orden. Tiene que hacerse a la idea.

MARÍA

¿Qué orden?

MARTA

El orden en el que nunca se reconoce a nadie.

MARÍA (*Con la mirada extraviada.*)

Me da igual, apenas la oigo a usted. Tengo el corazón desgarrado. Lo único que me importa es el hombre al que han matado ustedes.

MARTA (*Con violencia.*)

¡Cállese! No quiero volver a oír hablar de él, lo odio. Ya no es nada para usted. Ha entrado en la casa amarga en la que el destierro es eterno. ¡El muy estúpido tiene ahora lo que quería! Se ha reunido con la que buscaba. Todo ha vuelto al orden. Comprenda que ni para él ni para nosotros, ni en la vida ni en la muerte, existe patria ni paz. (*Con una risita de desprecio.*) Porque no puede llamarse patria a esta tierra espesa y sin luz donde la gente sale a alimentar animales ciegos.

MARÍA (*Llorosa.*)

¡Oh!, Dios mío, no puedo soportar ese lenguaje. Él tampoco lo hubiera soportado. Era otra la patria adonde se dirigía.

MARTA (*Ya en la puerta, volviéndose bruscamente.*)

Esa locura ha recibido su pago. Pronto recibirá usted el suyo. (*Misma risa.*) A las dos nos han robado, ya se lo he dicho. ¿De qué sirve esa gran llamada del ser, esa emoción de las almas? ¿Para qué gritar hacia el mar o hacia el amor? Es ridículo. Su marido conoce ahora la respuesta, esa espantosa casa en la que al final estaremos apretujados los unos contra los otros. (*Con odio.*) También usted la conocerá, y si entonces pudiera, recordaría con delicia este día en el que creía que comenzaba para usted el más desgarrador de los destierros. Comprenda que su dolor jamás será equiparable a la injusticia que se comete con el hombre; y, para acabar, escuche mi consejo. Bien le debo un consejo, ¿no?, ¡ya que he matado a su marido!

Ruegue a su Dios que la haga semejante a la piedra. Ésa es la felicidad que él se reserva, la única felicidad auténtica. Como él, haga oídos

sordos a todos los gritos, sea como la piedra, mientras esté a tiempo. Pero si se siente demasiado cobarde para entrar en esa paz muda, reúnase con nosotros en nuestra casa común. ¡Adiós, hermana! Es fácil, como ve. Sólo tiene que elegir entre la felicidad estúpida de las piedras y el lecho pegajoso en el que la esperamos.

(*Sale*, y MARÍA, *que la ha escuchado con mirada extraviada, se tambalea, con las manos tendidas hacia delante.*)

MARÍA (*Gritando.*)
¡Oh, Dios mío! ¡No puedo vivir en este desierto! Hablaré contigo y sabré dar con las palabras. (*Cae de rodillas.*) Sí, a ti me encomiendo. ¡Compadécete de mí, vuélvete hacia mí! ¡Óyeme, dame tu mano! ¡Ten piedad, Señor, de los que se aman y están separados!

(*Se abre la puerta y aparece* EL CRIADO ANCIANO.)

Escena 4.ª

EL ANCIANO (*Con voz clara y firme.*)
¿Me ha llamado usted?

MARÍA (*Volviéndose hacia él.*)
¡Oh, no lo sé! Pero ayúdeme, porque necesito ayuda. ¡Tenga piedad y consienta en ayudarme!

EL ANCIANO (*Con la misma voz.*)
¡No!

TELÓN



ALBERT CAMUS (Mondovi, Argelia, 1913 - Villeblerin, Francia, 1960) Novelista, dramaturgo y ensayista francés. Nacido en el seno de una modesta familia de emigrantes franceses, su infancia y gran parte de su juventud transcurrieron en Argelia. Inteligente y disciplinado, empezó estudios de filosofía en la Universidad de Argel, que no pudo concluir debido a que enfermó de tuberculosis.

Formó entonces una compañía de teatro de aficionados que representaba obras clásicas ante un auditorio integrado por trabajadores. Luego ejerció como periodista durante un corto período de tiempo en un diario de la capital argelina, mientras viajaba intensamente por Europa. En 1939 publicó *Bodas*, conjunto de artículos que incluyen numerosas reflexiones inspiradas en sus lecturas y viajes. En 1940 marchó a París, donde pronto encontró trabajo como redactor en Paris-Soir.

Empezó a ser conocido en 1942, cuando se publicaron su novela corta *El extranjero*, ambientada en Argelia, y el ensayo *El mito de Sísifo*, obras que se complementan y que reflejan la influencia que sobre él tuvo el existencialismo. Tal influjo se materializa en una visión del destino humano como absurdo, y su mejor exponente quizá sea el «extranjero» de su novela, incapaz de participar en las pasiones de los hombres y que vive incluso su

propia desgracia desde una indiferencia absoluta, la misma, según Camus, que marca la naturaleza y el mundo.

Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial se implicó en los acontecimientos del momento: militó en la Resistencia y fue uno de los fundadores del periódico clandestino Combat, y de 1945 a 1947, su director y editorialista. Sus primeras obras de teatro, *El malentendido* y *Calígula*, prolongan esta línea de pensamiento que tanto debe al existencialismo, mientras los problemas que había planteado la guerra le inspiraron *Cartas a un amigo alemán*.

Su novela *La peste* (1947) supone un cierto cambio en su pensamiento: la idea de la solidaridad y la capacidad de resistencia humana frente a la tragedia de vivir se impone a la noción del absurdo. La peste es a la vez una obra realista y alegórica, una reconstrucción mítica de los sentimientos del hombre europeo de la posguerra, de sus terrores más agobiantes. El autor precisó su nueva perspectiva en otros escritos, como el ensayo *El hombre en rebeldía* (1951) y en relatos breves como *La caída* y *El exilio y el reino*, obras en que orientó su moral de la rebeldía hacia un ideal que salvara los más altos valores morales y espirituales, cuya necesidad le parece tanto más evidente cuanto mayor es su convicción del absurdo del mundo.

Si la concepción del mundo lo emparenta con el existencialismo de Jean-Paul Sartre y su definición del hombre como «pasión inútil», las relaciones entre ambos estuvieron marcadas por una agria polémica. Mientras Sartre lo acusaba de independencia de criterio, de esterilidad y de ineficacia, Camus tachaba de inmoral la vinculación política de aquél con el comunismo.

De gran interés es también su serie de crónicas periodísticas *Actuelles*. Tradujo al francés *La devoción de la cruz*, de Calderón, y *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega. En 1963 se publicaron, con el título de *Cuadernos*, sus notas de diario escritas entre 1935 y 1942. Galardonado en 1957 con el Premio Nobel de Literatura, falleció en un accidente de automóvil.

Document Outline